COROLARIOS DE **EL PRINCIPE** DE NICOLAS MAQUIAVELO

El por qué de la política

 Siendo los seres humanos como son, se hallan incapacitados para entretejer relaciones de interés y cooperación únicamente fundadas en su voluntad o sus creencias. Con solo ambos elementos los seres humanos no llegarían a dar forma a las sociedades, y de lograrlo no conseguirían preservarlas. Se requiere, por tanto, de otro factor más si ha de cimentar dicho objetivo, un factor que, en manos adecuadas, les obligue a que “cuando dejan de creer”, y por ende de querer y obedecer, “se les pueda hacer creer por la **fuerza”.**

La naturaleza humana

 Los seres humanos son sujetos capaces de lo peor y de lo mejor, de ser buenos y malos según y cuándo, y en ocasiones a la vez. (dualismo psicológico-moral). El príncipe, como los demás hombres, podría ser liberal o tacaño, clemente o cruel, leal o traidor, etc. , y si fuese mera cuestión de preferencia la elección estaría decantada de antemano por la primera opción.

 En la sociedad existe una polarización, es decir: los seres humanos son individuos naturalmente sociales y divididos en dos grupos desiguales en número, riqueza y poder: el pueblo y los grandes. En ella habrá cruces de un ámbito a otro en ambos sentidos, pero lo que nunca dejará de existir es la división entre los dos círculos.

 *Precisamente, de esta doble forma de ser de los seres humanos, de este doble dualismo antropológico característico de su condición natural, derivarán importantes consecuencias para el orden social y político.*

La naturaleza humana y la política

 La política se halla influida por la naturaleza humana tanto en la teoría como en la praxis, y de manera negativa tanto como positiva.

 El príncipe que hoy aspira a combatir la crisis socio-política que desde un deshecho presente derrota el futuro de un determinado país, debiendo para refundar el Estado, puede y deba revisar la historia hasta dar con sus antepasados en empresas similares, y tenderá a imitarlos. Y en su proceso de imitación sepa que hallará apoyos en algunos y detractores en otros y deberá usar en éstos la violencia invitablemente.

 De la naturaleza humana derivan dos enseñanzas negativas para la política:

1. Se debe desechar, en la teoría como en la acción, elaborar o practicar una política centrada en el deber ser. La mayoría de los escritores de política se han esforzados por pensarla desde el lado bueno; han gastado sus fuerzas en tareas inútiles, buscando el mejor orden político posible. Pero el resultado cosechado tras tanto esfuerzo no puede ser más desolador.
2. Cómo los hombres no son (sólo) buenos, ni la moral ni la religión, por mentar las dos esferas normativas quizá más poderosas entre los hombres, sirven para mucho cuando por sí solas deben regular sus relaciones. Como tampoco sirve que alguien con poder sea quien los regule si al hacerlo se comporta (sólo) bien; es decir, el político que aspire a conservarse en el poder, debe tener clara una meta básica: “*aprender a ser no bueno”.*

Las relaciones entre ética y política

 Teniendo en cuenta el **dualismo de la naturaleza humana**, el príncipe puede elegir entre ser liberal o tacaño, clemente o cruel, leal o desleal, y la elección está tan cantada como siempre.

 *“Aprender a no ser bueno”* se impone entonces como el supremo imperativo moral de la política. La ley de la conservación lo exige.

 Acatarlo significa poner en juego en su acción al “hombre y la bestia” que hay en él; unas veces será una cosa, otras veces otra, pero siempre las dos: es su única manera de ser, de durar. Si sólo fuera ángel, o sea, hombre bueno, la bestia lo destruiría; si sólo fuera bestia, o sea, hombre malo, la bestia lo destruiría, y a la hora de usar la bestia, debe usar las dos, sacar de la chistera de su naturaleza tanto el león como zorra que lleva adentro, la que ejerce con el músculo y la que ejerce con la razón: la primera, fuerza bruta, es agresiva; la segunda, fuerza refinada, es defensiva.

 ¿Esto supone un distanciamiento entre moral y política? Nada más lejos de la realidad. “Ser no bueno” entraña para el príncipe saber instrumentalizar la ética al servicio de la política, resignificar su valores en función del contexto, combatirlos a exigencias de la necesidad y mantenerlos cuando lo determine la situación.

El pueblo y la política

 ¿Tiene vida política el pueblo? Si la apariencia fuera la realidad, la respuesta, clara y rotunda, sería un no. Pero el pueblo expulsado de la política por la puerta, retorna a ella por la ventana. Su papel es clave para la conservación del Estado. Y, desde luego, para la del príncipe ¿por qué?

 Porque el bien primario en la preservación del Estado y su garantía fundamental es la formación de un ejército propio, que está formado por los propios ciudadanos, el único escudo con el que el príncipe puede garantizarse la defensa.

 El pueblo siempre deberá **obedecer** al príncipe tanto en tiempos de paz como en la guerra (ejército). Es una relación jerárquica entre quien manda y quien obedece. Gobernantes y gobernados. El príncipe sin el pueblo no logrará preservarse; así sólo satisfaciendo sus intereses y necesidades, etc., se granjeará esa obediencia que muestra la adhesión del pueblo a su príncipe, demuestra la legitimidad del dominio de éste, y es el medio para conservar el Estado y la sociedad.